





sus nombres á la posteridad, último asilo en que su vanidad se atrinchera. ¿De qué puede servir la pompa fúnebre que rodea sus monumentos, sino para adornar el triunfo de la muerte y hacer mas ilustres los testimonios de su pequeñez? Esas inscripciones, al mismo tiempo que nos advierten que allí está sepultado en el polvo un célebre personaje, *hic jacet*, ¡no nos enseñan tambien que la mentira y la vanidad son inseparables del hombre, que le acompañan hasta el féretro y que se burlan á un de sus cenizas! ¡Cuán al contrario el sepulcro del Salvador! Sencillo y sin aparato, será no obstante eternamente memorable y glorioso. En lugar de aquel fatal anuncio, *hic jacet*, esculpido en los monumentos que el mundo vencido erige á la muerte triunfante, el ángel del Señor, al rayar una brillante aurora, dirige hoy á tres piadosas mujeres que habian venido de Jerusalem al sepulcro del Salvador, estas palabras dulcísimas y llenas de consuelo: *Surrexit, non est hic*. No: Jesus de Nazaret ya no existe en el lugar en que le habian puesto el furor y la impiedad de los judíos; despues de haber entregado á la rabia de sus enenigos una vida que era dueño de dar y de recobrar, acaba de vencer á la muerte resucitándose á si mismo. Al paso que la mas brillante gloria de los grandes, de los conquistadores, de los héroes del siglo se estrella contra el sepulcro, el sepulcro mismo viene á ser la cuna de la gloria inmortal del Hombre Dios, como lo habia vaticinado Isaias: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum*.

¡Qué nuevo y asombroso fenómeno; tatólicos! Ni el cielo ni la tierra habian visto antes prodigio semejante, ni el infierno habia recibido golpe tan terrible, ni la mano de Dios habia obrado una maravilla tan estupenda. Se habia visto á algunos muertos despertar de su sueño á la voz de los profetas, á Lázaro quebrantar sus ataduras á la voz de Jesucristo; pero un muerto que sin auxilio ni poder extraño se ha libertado de la prision y de las cadenas de la muerte; un muerto, cuyo sepulcro estaba no solamente asegurado con el sello de la Sinagoga, sino

tambien rodeado de satélites y guardado por sus mas crueles enemigos, y que sin embargo, rompe por sí mismo sus ligaduras, fuerza la barrera, aterra y derriba la guardia; ¡ah! este es un milagro superior á todos los milagros, este es el prodigio que sobresale entre todos los prodigios: prodigio en que la verdad brilla por todas partes, sale de todas las bocas, repetida por tantos ecos, confirmada por grande número de testigos oculares y fidedignos, por las inquietudes y precauciones inútiles de la Sinagoga, enemiga irreconciliable del Salvador y de sus discipulos, por multitud de sucesos portentosos que le han acompañado y seguido; prodigio que ha subyugado á los espíritus mas indóciles y ha convencido al universo entero de que es divina la religion de Jesucristo; prodigio en fin, que á la vez que ha influido en la política de las naciones, ha asegurado los tronos y ha hecho mas veneranda la autoridad de los príncipes temporales; ha causado la revolucion mas estupenda en el carácter de los pueblos, suavizando sus costumbres, desterrando vicios abominables y haciendo nacer la seguridad y la paz en el seno de las sociedades. En dos palabras; la resurreccion de Jesucristo es la base sobre la cual se apoya el magestuoso edificio de la religion; la base sobre la cual se apoyan el reposo y la seguridad del edificio social. Tal es el plan y la division de este discurso. Imploremos etc. — Ave Maria.

**Primera parte.**

Si Jesucristo no ha resucitado, decía el Apóstol á los fieles de Corinto, nosotros no somos mas que unos hom-



bres falaces: nuestra predicacion es ciertamente inútil y vana vuestra creencia: *inanis es fides vestra*. En efecto, la divinidad y omnipotencia del Salvador se tendrían por cualidades usurpadas, si no hubiese podido resucitar los principios de vida perdida de la cual se decía autor; los milagros que habia obrado hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo crédulo. Si su poder, rindiéndose á la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo, esta humillacion hubiera desacreditado su doctrina y su ministerio: su mision expiraria con su vida; y su nombre, su gloria y sus conquistas quedarían sepultadas con él en el sepulcro. Pero al contrario, si la resurreccion del Hijo de Dios es cierta, su doctrina es divina, su religion segura, los castigos con que nos amenaza son evidentes; todas sus promesas infalibles; sus misterios quedan probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio: *Resurrexit Christus; absoluta res est*, dice S. Agustín.

Si, católicos, la resurreccion del Hijo de Dios es el testimonio mas señalado de la verdad de nuestra santa religion. El mismo Jesucristo no daba otra prueba de su mision. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. Hombres sin fé, respondia á los judíos, raza maldita y perversa, las maravillas de nada os servirán; no vereis otra que la de Jonás encerrado tres dias en el vientre de una ballena; figura del Hijo del hombre que habia de estar el mismo espacio de tiempo sepultado en el seno de la tierra: *sic erit Filius hominis in corde terrae*. Observad sus obras durante su ministerio, y vereis cómo camina entre milagros, cómo dispone á su voluntad de los elementos, cómo asombra al mundo con sus prodigios, cómo se abren á la luz los ojos por mucho tiempo cerrados, cómo la lengua de los mudos bendice la mano benéfica que la pone expedita, cómo á su mandato el moribundo se levanta de su lecho de dolor y corre á enjugar las lágrimas de su consternada familia, cómo la muerte misma no está segura de la presa que queria llevarse, y finalmente, cómo al oír su voz po-

derosa resucitan las cenizas encerradas en los sepulcros. ¿Qué podrá oponer la incredulidad mas obstinada á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos, para atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, procurando ocultarles, impuso silencio á los enfermos sobre su curacion, y ordenó á sus discipulos que no divulgasen estos milagros hasta que hubiese salido del sepulcro: *memini dicentibus, donec Filius hominis á mortuis resurgat*. Tan necesaria era su resurreccion para establecer la religion cristiana, y confirmar la fé de los misterios.

Con efecto, en este prodigio se manifestaron la soberana verdad y la omnipotencia con las señales mas estupendas. La virtud que obraba los demas milagros podia comunicarse á las criaturas; pero en el de la resurreccion el poder supremo se dejó ver en toda su extension. Solo al Hijo de Dios correspondia estar libre entre los muertos, recobrar la vida que acababa de perder y mostrar tanta fuerza y actividad en la nada del sepulcro: *Potentiam habeo ponendi animam meam, et iterum sumendi eam*.

Por eso el Salvador, previendo que de su resurreccion portentosa pendia la grande obra de la religion, nos da de ella pruebas tan brillantes, y dispone se nos ordene su historia con exactitud tan escrupulosa, que todas las circunstancias son, por decirlo así, otras tantas demostraciones completas contra las cuales la incredulidad mas obstinada no encuentra recurso alguno. Si, católicos; todo contribuye aquí á afirmar nuestra creencia de una manera invencible y consoladora. La incredulidad de los apóstoles, el odio de los judíos, su vigilancia, las precauciones que toman para que no se llevasen el cuerpo de Jesucristo, la imposibilidad de engañar á una guardia numerosa, la cobardia de los discipulos que les impedia formar semejante designio, la oposicion de sus intereses, la demencia excesiva con que hubieran procedido si hubiesen propagado un engaño, que precisamente los exponia al rigor de las leyes y á ser tratados como su Maes-



tro; y finalmente, la multitud de testigos que aseguraron su resurrección, después de haberles dado todas las pruebas sensibles que los ojos, los oídos, la boca y las manos pueden suministrar, y de haberse expuesto á todos los ensayos que quisieron hacer de su presencia, son otros tantos testimonios incontestables de su autenticidad: *cujus nos omnes testes sumus.*

De aquí es que los apóstoles, cuya fe parecía vacilar después de haber visto los oprobios que Jesucristo había padecido en la cruz; cuyo valor estaba abatido con la muerte del Salvador, y que no se atrevían ya á esperar la redención de Israel: *sperabamus, quia ipse esset redempturus Israel*; estos mismos apóstoles, luego que estuvieron ciertos de la resurrección del Señor, no dudaron ya más de la verdad de sus promesas y adquirieron una fe constante é invencible. Pedro, que con tanta cobardía había negado en otro tiempo á su Maestro porque le vió perseguido, reprendió fuertemente á su nación el sacrilego y atroz atentado de su deicidio. Tomás, cuya incredulidad debía afirmar la fe de todos los siglos, adoró á su Dios y Señor así que tocó las cicatrices gloriosas de sus llagas; todos publicaban que era el verdadero Mesías; le confesaban animosamente en los cadalsos y derramaron su sangre en testimonio de su divinidad: *cujus nos omnes testes sumus.*

Con efecto, católicos, cuán á propósito es esta verdad para confundir á los incrédulos y confirmar la creencia de los fieles! Una vez que Jesucristo resucitó, su encarnación, su igualdad perfecta con su Padre, su cualidad de Redentor, de Cabeza de los escogidos y de Salvador de todo el linage humano quedan probadas: la conexión entre los dos testamentos se ve patente: las sombras se disipan: á la figura sucede la realidad; las profecías se cumplen: el conjunto de abatimiento y de grandeza, carácter con que pintan los profetas al Mesías, deja de ser un enigma: las preocupaciones de los judíos se destruyen: el Mesías no es ya un conquistador que ha de enriquecer á Jerusalem con los despojos de las naciones ven-

cidas, sino un libertador que triunfa de la muerte y aniquila el poder del infierno: finalmente, todo se aclara y todo se descubre. La resurrección de Jesucristo difunde una nueva luz sobre la religión cristiana y la muestra á todos los siglos como obra de la mano de Dios, señalada con todos los caracteres de verdad: *resurrexit Christus; absoluta res est.* Habeis visto que la resurrección del Salvador es la base sobre la cual estriba el edificio augusto de nuestra santa religión; ahora vais á ver que también es la base sobre la cual se apoyan la seguridad y el reposo del edificio social: asunto de la

### Segunda parte.

Cuando la sabiduría humana, cuyas miras son tan cortas y sus medios tan limitados, se propone por objeto la felicidad del hombre y la prosperidad de los imperios; los resortes que emplea ó por demasiado fuertes, ó por demasiado complicados, se destruyen con su oposición, ó no hacen más que principiar la obra. Por el atractivo de los bienes presentes, llega á excitar deseos que considera como un estímulo poderoso para ejecutar acciones heroicas y emprender trabajos útiles; pero estos mismos deseos, aumentándose continuamente sin llegar jamás á saciarse, turban la pública armonía. Espera toda su felicidad de la destreza en manejar las pasiones; sin hacerse cargo de que una sociedad fundada sobre tales elementos, encierra en su propio seno el principio de su destrucción.



Solamente la idea de una justicia primitiva, eterna é invariable; el conocimiento de un Sér infinito, que obra siempre para hacernos buenos y dichosos; el temor de los castigos eternos, que su justicia prepara á los culpables, como asimismo las esperanzas que alimenta la virtud de una vida mas feliz, pueden formar ciudadanos que amen á su patria, respeten sus leyes y obedezcan en todas ocasiones al jefe del Estado. Sin estos motivos, los derechos mas sacrosantos se atropellan, se infringen las leyes mas inviolables, las buenas costumbres se corrompen, se trastornan las ideas de orden, y las virtudes mas señaladas no son mas que sutilezas y ardides del amor propio.

Estas verdades, adulteradas con una mezcla de supersticiones ridiculas, fueron conocidas por algunos filósofos de la antigüedad; y los mas sábios legisladores miraron el temor de los dioses como un freno necesario á las pasiones. La idolatría presentaba por todas partes, bajo el velo de las ficciones mas groseras sobre el estado de las almas despues de la muerte, las ideas de una Providencia y de una eternidad feliz ó desgraciada. Pero este dogma de la vida futura, en que un Dios justo é imparcial recompensará á los buenos y castigará á los culpables, este dogma, base del cristianismo, no habia sido articulado claramente por ningun sabio, ni por secta alguna; y aunque fué algunas veces reconocido, fué muchas mas combatido por la filosofía, y presentado, ya como un deseo del corazon, ya como una duda de la mente. Así que esta verdad tan importante no era mas que un punto de disputa y de controversia y casi un entretenimiento de la razon para los filósofos. Estaba, pues, reservado á la religion el revelar claramente á los hombres y asegurarles al mismo paso, de una manera que no admitiese duda, este dogma tan consolador para la humanidad, del cual dependen á un tiempo la moral, la virtud y la felicidad del mundo.

Y aunque este punto fundamental de la religion nos le habia enseñado mas de una vez Jesucristo, hoy es

cuando nos le hace mas sensible; y su ejemplo da á su palabra un nuevo carácter de verdad irresistible. Cuando le veo, vencedor de la muerte, salir glorioso y triunfante del sepulcro, despues de haberse mostrado en la humillacion, concluyo que en el último dia saldré tambien del seno de la tierra por una resurreccion verdadera; pues el Salvador comienza á verificar su promesa por un prodigio tan pronto y tan brillante. Es tan legitima esta consecuencia, que el Apóstol de las naciones no puede menos que extrañar que despues que ha resucitado el Hombre Dios, haya aún espíritus tan ciegos é insensatos que se atreven á dudar de la resurreccion de los muertos: *Si autem Christus predicatur, quod resurrexit á mortuis quomodo quidam dicit in nobis, quoniam resurreccio mortuorum non est?* Concluyamos, pues, que Jesucristo resucitado es la prenda mas sensible y decisiva de nuestra futura resurreccion.

Mas ¡qué de verdades bellas, luminosas y consoladoras para la humanidad fluyen de aquí, como de un principio fecundo en importantísimas consecuencias! Si el Salvador, nuestro Jefe, ha resucitado; si, como miembros suyos, debemos resucitar algun dia, se sigue evidentemente que el hombre no ha sido colocado sobre la tierra para pasar en ocupaciones frívolas un corto número de dias, que van á perderse entre las congojas de la muerte y en los horrores del sepulcro, sino para hacer en ella el noviciado de su existencia: que este mundo no es nuestra mansion, sino nuestro destierro; y por fin, que la presente vida no es mas que un principio, y como un curso de educacion, que nos prepara para otra vida en que seremos eternamente felices ó eternamente desgraciados; en que experimentaremos, por nuestras virtudes, todos los favores de un Dios benéfico y misericordioso, ó por nuestros crímenes, todos los rigores de un Dios terrible y justiciero.

¡Cuánta fuerza no debe tener el pensamiento de los castigos y de las recompensas eternas, para hacer al hombre superior á todo lo que es transitorio y contenerle en



los límites del orden! Así es que los apóstoles, apoyados en la evidencia de la resurrección del Salvador, para inspirar á los pueblos sentimientos de virtud, manejaron á un tiempo estos dos resortes: las terribles amenazas y las promesas magníficas de la religión; pero con tan feliz éxito, que enseñando á los grandes y á los pequeños sus mútuos deberes, desterrando la injusticia, la disolución, la venganza, la cólera y otras pasiones funestas, han contribuido maravillosamente al bien y á la armonía de la sociedad; á mantener en reposo las repúblicas y los imperios.

En efecto, es una cosa atestiguada por todos los monumentos y fastos del universo, que despues que los apóstoles extendieron con su predicación estas verdades sublimes, las sociedades civiles y políticas se han cimentado sobre sistemas mas sabios, mas sólidos é infinitamente mejor combinados; que los Estados y los reinos han tomado mas positiva y segura consistencia; que las convulsiones, rebeliones y movimientos revolucionarios han sido mucho menos frecuentes; que los atentados promovidos contra la sagrada persona de los monarcas han sido incomparablemente mas raros; que los príncipes han sido generalmente mas benéficos, mas equitativos para con sus súbditos; los gobiernos mas suaves, mas moderados; y los pueblos se han mostrado mas tranquilos y mas fieles. Es, pues, cierto, á pesar de las declamaciones de los filósofos, que la religión, sólidamente establecida sobre la resurrección de Jesucristo, ha morigerado los pueblos mas feroces, contenido el espíritu de sedición, extirpado y destruido el gérmen funesto de las guerras civiles. Es por consiguiente incontestable que la religión así cimentada ha sido un origen fecundo de inestimables ventajas para el universo.

Pero ¿de qué procede que los primeros y mas señalados beneficios apenas merecen por un momento nuestra atención, y los entregamos tan pronto á un eterno olvido? En la sociedad el hombre no ve mas que al hombre. Rodeado de su propia grandeza, los objetos que le arre-

batan y llenan de admiración son fruto de su industria y de sus trabajos; los metales arrancados de las entrañas de la tierra, las riquezas conquistadas mas allá de los mares, todas las regiones del universo unidas y aproximadas por la navegación; al fin, el brillante cuadro de la sociedad, de las leyes, de las artes, de los progresos estupendos de la razón perfeccionada; todo lo mira el hombre como obra suya. Pero la razón eterna, pero la religión, esta ley primitiva y fundamental sin la cual no hay leyes, ni costumbres, ni sociedad, se ocultá á nuestras reflexiones como á nuestras miradas, aunque constituye la fuerza del cuerpo político!

¿Y qué torrente de males no ha venido á inundar los pueblos por el trastorno de estos sagrados principios? A las nobles y consoladoras ideas de una vida futura, de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crimen, gérmen precioso de todas las virtudes, ideas que en las edades que nos han precedido habian formado tantos hombres insignes, se han sustituido doctrinas funestas, máximas desastrosas, parto de una absurda filosofía que corrompiendo el espíritu público han arruinado el orden social, y abandonado tal vez las naciones en manos de genios turbulentos, de monstruos animados por todas las pasiones!

Arrojémonos, pues, en los brazos augustos de la religión, que triunfa hoy de todas las sectas de los falsos sabios, recibiendo el testimonio mas auténtico de su divinidad en la resurrección de Jesucristo. Ella ha sido por decirlo así, la que ha fundado este reino; y le ha sostenido durante tantos siglos; la que formó en todos tiempos en nuestra nación la multitud de héroes que ilustran su historia.

Anatema, pues, al blasfemador execrable que intente trastornar la idea de un Dios en el seno de la sociedad: es un asesino de su patria; pues se propone acabar con todo orden, con toda virtud, con toda justicia. Anatema al impío delirante que á favor de los principios tan infaustos deje al hombre sin testigo, sin juez de sus accio-



nes, sin temor y sin esperanza! Id mas bien, id á las cabernas en que se encierran las bestias mas feroces; romped sus cadenas; soltadlas en las ciudades y en los campos; permitidlas que derramen por todas partes la matanza y el terror. Causarán menos estragos que esos doctores del crimen y de la profanacion. Eternidad, resurreccion, vida futura: no, no sois un hechizo impostor, sino verdades imperiosas, origen fecundo del órden de la subordinacion y de todas las virtudes; remedio eficaz y universal contra todos los excesos y desastres. ¡Plegue á Dios, católicos, que haya acertado á grabarlas profundamente en vuestros corazones! De este modo sereis no solamente hombres probos y buenos ciudadanos, sino tambien santos y cristianos perfectos; y despues de haber formado en la tierra una sociedad dulce y amable, pero pasajera, merecereis gozar de la sujecion de los escogidos en el reino inmortal de la gloria.—Amen. (1)

(1) Anónimo.

## SERMON

SOBRE

### LA RESURRECCION DE JESUCRISTO,

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE PUEBLA EL 17 DE ABRIL DE 1854, POR

Don M. Garcia Mendez,

CURA DE CHIAUTEMPAN.

*Sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgetur et mortuus tertio die.*

Lúc. c. 24. v. 26.

*Así estaba escrito; y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero día.*

*San Lucas en el c. 24, v 26.*

1 Hubo un tiempo, I. S., en que el mundo careció de las perfecciones de moral y de civilizacion de que disfrutamos y que podrán aumentar las generaciones futuras. Hubo un tiempo en que cubrian la tierra los mas